

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b> .....	13
<b>1. La conquista del bienestar material: el capitalismo industrial, el fordismo y el consumo de masas</b> .....	17
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	17
<i>Introducción</i> .....	19
1.1. Las revoluciones industriales: la conquista del bienestar material .....	20
1.2. El fordismo y el consumo de masas: la democracia de las cosas .....	24
1.2.1. El nuevo mundo fordista .....	24
1.2.2. Aunque ni todo era fordismo, ni se aplicó de la misma manera en todos los países .....	29
1.2.3. El consumo de masas .....	32
1.3. ¿Auge y caída del fordismo? .....	34
<i>Propuestas de ejercicios y preguntas clave</i> .....	40
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	40
<b>2. La reorganización del trabajo o el fordismo después del fordismo (I)</b> .....	43
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	43
<i>Introducción</i> .....	45
2.1. El fordismo en movimiento .....	46
2.2. Subcontratación, deslocalización y cadenas globales de producción .....	49
2.3. El fordismo 2.0 .....	56
2.4. El fordismo se extiende a los servicios .....	62
<i>Preguntas clave</i> .....	67
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	67

<b>3. El fordismo después del fordismo (II): la economía colaborativa y el sindicalismo</b> .....	69
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	69
<i>Introducción</i> .....	71
3.1. La economía colaborativa: ¿una alternativa a la producción y al consumo de masas?.....	71
3.1.1. La sociedad del hiperconsumo y el cambio de valores ..	72
3.1.2. ¿Qué es la economía colaborativa? La insoportable levedad de su definición .....	74
3.1.3. El productor y el consumidor se funden: surge el prosumidor .....	80
3.1.4. Ventajas e inconvenientes de la economía colaborativa ..	82
3.2. El sindicalismo después del fordismo: ¿de verdad los sindicatos están en crisis?.....	86
3.2.1. ¿Auge y caída del sindicalismo?.....	86
3.2.2. La densidad sindical y la cobertura de la negociación colectiva.....	88
<i>Preguntas clave</i> .....	106
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	107
<b>4. Los pesimistas del empleo (I)</b> .....	109
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	109
<i>Introducción</i> .....	111
4.1. El empleo industrial se degrada.....	112
4.1.1. Las relaciones laborales, unas relaciones sociales y conflictivas.....	112
4.1.2. La alienación.....	114
4.1.3. El control .....	115
4.1.4. Los efectos sobre la estructura ocupacional.....	118
4.2. El empleo en los servicios también se degrada .....	119
4.3. El empleo se acaba.....	122
4.3.1. La tecnología destruye y polariza el empleo.....	122
4.3.2. Los mejores empleos tampoco estarán a salvo.....	123
4.3.3. ¿Qué empleos están a salvo de la automatización? ..	127
<i>Preguntas clave</i> .....	130
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	130

<b>5. Los pesimistas del empleo (II)</b> .....	133
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	133
<i>Introducción</i> .....	135
5.1. El empleo se precariza .....	136
5.1.1. La sociedad del riesgo y la brasileñización del trabajo ..	137
5.1.2. El precariado.....	139
5.1.3. La flexibilización corroe el carácter .....	142
5.2. Empleos inútiles .....	146
5.3. Críticas a la visión pesimista de la evolución del empleo ...	153
5.3.1. Críticas a las teorías sobre la degradación del trabajo..	153
5.3.2. Críticas al impacto de la tecnología sobre el empleo.	156
5.3.3. Otras críticas .....	159
<i>Preguntas clave y ejercicios para la reflexión</i> .....	161
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	162
<b>6. La cara brillante de la luna: Daniel Bell y algunas evidencias empíricas</b> .....	163
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	163
<i>Introducción</i> .....	165
6.1. El advenimiento de la sociedad postindustrial .....	166
6.2. Críticas a la visión optimista de la evolución del empleo ...	169
6.3. El sector de los servicios predomina en el mundo.....	171
6.4. ¿Ha mejorado o ha empeorado el empleo? La estructura ocupacional, la satisfacción laboral y el fin del trabajo.....	176
6.4.1. La evolución de la estructura ocupacional: ¿ha aumentado el peso de las mejores ocupaciones? .....	176
6.4.2. La satisfacción con el empleo (y otros indicadores) ..	198
6.4.3. El sínfin del empleo .....	205
<i>Preguntas clave</i> .....	213
<i>Bibliografía recomendada</i> .....	213
<b>7. El empleo no estándar</b> .....	215
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	215
<i>Introducción</i> .....	217
7.1. El origen de la desestandarización .....	219
7.2. La desestandarización del tiempo .....	223
7.2.1. Los contratos temporales .....	223

7.2.2. El empleo a tiempo parcial .....	228
7.3. La desestandarización del espacio: el teletrabajo.....	234
7.4. El epítome de la desestandarización: el empleo informal ..	238
7.5. Los autónomos.....	242
<i>Preguntas clave</i> .....	247
<i>Bibliografía recomendada</i> .....	247
<b>8. El paro y la sobrecualificación</b> .....	249
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	249
<i>Introducción</i> .....	251
8.1. El paro .....	252
8.1.1. El paro deja cicatrices .....	252
8.1.2. Los datos del paro .....	255
8.1.3. ¿Por qué existe el paro? ¿Hay soluciones? .....	257
8.2. La sobrecualificación.....	262
8.2.1. La expansión educativa.....	262
8.2.2. El papel de la educación en el mercado laboral y el peligro de la sobrecualificación.....	265
8.2.3. Incidencia y las características de la sobrecualifi- cación .....	268
8.2.4. ¿Se puede remediar la sobrecualificación? .....	271
<i>Preguntas clave</i> .....	275
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	275
<b>9. Clases sociales, origen social e inmigración</b> .....	277
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	277
<i>Introducción</i> .....	279
9.1. Clases sociales, origen social y mercado laboral.....	280
9.1.1. A vueltas con la muerte de las clases .....	280
9.1.2. Las clases sociales en el mercado de trabajo .....	283
9.1.3. La influencia del origen familiar en el mercado laboral .....	287
9.2. Los inmigrantes.....	295
9.2.1. La pujanza migratoria y la situación de los inmi- grantes en el mercado laboral.....	295
9.2.2. ¿Por qué los inmigrantes suelen estar en peor situa- ción que los autóctonos? .....	306

9.2.2.1. Porque su saldo vital es positivo.....	306
9.2.2.2. Porque tienen menos capital humano.....	308
9.2.2.3. Por las redes sociales.....	309
9.2.2.4. Por la dicriminación.....	310
9.2.3. Los inmigrantes de segunda generación.....	316
9.2.4. ¿Por qué en algunos países los inmigrantes están mejor que en otros?.....	318
9.2.4.1. La situación económica y el grado de flui- dez social.....	318
9.2.4.2. Las políticas migratorias.....	319
9.2.4.3. Las políticas educativas y laborales.....	320
<i>Preguntas clave</i> .....	323
<i>Bibliografía y filmografía recomendadas</i> .....	324
<b>10. Las mujeres: el acceso al mercado laboral, las brechas de género y el trabajo no remunerado económicamente</b> .....	325
<i>Objetivos de aprendizaje</i> .....	325
<i>Introducción</i> .....	327
10.1. La revolución industrial y el nacimiento del modelo del varón proveedor y la mujer ama de casa.....	328
10.1.1. Las explicaciones a este viejo modelo por parte de la sociología y de la economía: el funciona- lismo de Parsons y la teoría económica de la familia de Becker.....	330
10.2. La (re)incorporación de las mujeres al mundo del em- pleo remunerado: la nueva revolución tiene rostro de mujer.....	333
10.3. Las brechas de género en el mercado laboral.....	338
10.3.1. Tasas de actividad y de paro.....	338
10.3.2. Distribución ocupacional.....	341
10.3.3. Los estudios STEM.....	344
10.3.4. La brecha salarial y sus motivos.....	347
10.4. El trabajo no remunerado económicamente.....	357
<i>Preguntas clave</i> .....	366
<i>Bibliografía recomendada</i> .....	367
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	369

CAPÍTULO 1  
LA CONQUISTA DEL BIENESTAR MATERIAL:  
EL CAPITALISMO INDUSTRIAL, EL FORDISMO  
Y EL CONSUMO DE MASAS

**Objetivos de aprendizaje**

- Conocer el papel de la revolución industrial en el bienestar material.
- Saber las causas de dicha revolución.
- Describir en qué consiste el fordismo y su papel en el consumo de masas.
- Identificar los principios fundamentales del taylorismo y su contribución para la producción en masa.
- Mostrar la evolución del empleo industrial entre el siglo XIX y el XXI en distintas áreas del mundo.

# 1. La conquista del bienestar material: el capitalismo industrial, el fordismo y el consumo de masas

1.1. Las revoluciones industriales: la conquista del bienestar material

1.2. El fordismo y el consumo de masas: la democracia de las cosas.

1.2.1. El nuevo mundo fordista

1.2.2. Aunque ni todo era fordismo ni se aplicó de la misma manera en todos los países

1.2.3. El consumo de masas

1.3. ¿Auge y caída del fordismo?

## Introducción

El despertador del móvil ha sonado a las 7:30. Tras ducharse y hacerse un café, María ha conducido hasta la oficina. Es uno de los días en los que debe ir presencialmente. Después de varias horas de trabajo y de una reunión internacional por videoconferencia, se prepara para comer. Casi siempre se calienta su comida en un microondas que hay en una sala de la empresa; aunque a veces acude con sus compañeros a un restaurante donde coinciden con los trabajadores de otras oficinas. Además de por la comida, eligen ese restaurante porque lo tienen todo bien organizado y los tiempos de espera son mínimos. Por la tarde termina un informe y, de vuelta a casa, compra en un supermercado lo suficiente para la comida de toda la semana. Es verano, el calor aprieta. Al llegar a su piso enciende el aire acondicionado y se prepara una tortilla a la francesa con un poco de ensalada lista para consumir y un kéfir que conserva en la nevera. Después, enciende la tele y ve una serie en la plataforma a la que está suscrita. Antes de dormir se lava los dientes con su cepillo eléctrico. Mañana será otro día.

La descripción de la jornada de María puede ser la estándar para una parte de los profesionales de hoy. No parece nada del otro mundo, aunque con un mínimo de perspectiva histórica, lo es. Se trata de una vida impensable no hace tanto. En este capítulo veremos cómo ha sido posible. En primer lugar, es una vida muy novedosa por los elementos materiales que María utiliza cada día. En el relato aparecen explícitamente once objetos cotidianos: el móvil, la ducha, la cafetera, el coche, el ordenador, el microondas, el aire acondicionado, la cocina para prepararse la cena, el frigorífico, la televisión y el cepillo eléctrico. Además de esos objetos, María también consume servicios: va a un restaurante donde lo organizan todo lo suficientemente bien como para dar de comer en poco tiempo a muchos oficinistas, y entra en un supermercado a comprar la

comida para la semana, lo que a su vez requiere toda una logística que va desde la producción de alimentos hasta su distribución para que estén disponibles al alcance de cualquiera y en cantidades suficientes como para que no haya escasez. Internet, cómo no, aparece varias veces en la jornada de nuestra protagonista.

Además de la capacidad de la industria para fabricar todos esos objetos, la otra parte fundamental de este relato es que María pueda comprarlos. En efecto, porque esos artículos que le permiten tener el mundo en su bolsillo —el móvil y el acceso a internet lo posibilitan—, no son accesibles solo para los poderosos o para el 1% que más gana, sino para casi cualquier ciudadano de los cinco continentes; un móvil, un ordenador y hasta el aire acondicionado están al alcance de la mayoría. Ningún rey del siglo XIX, por muy bien que viviera, podía comunicarse con la otra parte del mundo de manera inmediata con solo tocar un botón, ni disponer de tanta información al alcance de un click, ni recorrer varios kilómetros en muy pocos minutos, ni controlar a su antojo la temperatura de su habitación en una noche de verano.

### **1.1. Las revoluciones industriales: empieza la conquista del bienestar material**

Hace 12.000 años tuvo lugar una revolución decisiva, la agrícola, que permitió al hombre asentarse de manera permanente en lugares donde vivir gracias a la domesticación de los animales y de las plantas. Desde entonces han pasado muchas cosas, pero muy lentamente. Tuvieron que transcurrir 11.500 años para que se produjera la otra gran revolución crucial: la científica. Entre medias se crearon los grandes imperios como el Persa, el Han o el Romano; pero los cambios acaecidos durante aquellos siglos fueron lentos, muy lentos. La revolución científica, acontecida hace quinientos años, fue la semilla de la revolución industrial, que sucedió hace tan solo doscientos. A partir de entonces, los cambios se aceleraron. En muy pocos años, la situación de la humanidad, sus experiencias y sus expectativas, cambiaron más que en todos los miles de años anteriores.

Para hacernos una idea de lo que le ha costado a la humanidad aumentar su bienestar material, es útil saber que entre el año 1 y el 1.000

d. C, la riqueza mundial apenas varió. Estancamiento es la palabra que mejor define la situación del hombre durante tantas centurias, por no remontarnos más siglos. Desde ese año mil, tuvieron que pasar otros quinientos para que el mundo duplicara su riqueza. En cambio, en las últimas décadas el mundo triplica sus ingresos aproximadamente cada 30 años. La riqueza material se multiplica a un ritmo vertiginoso, incomparable a cualquier otra época.

Conviene remarcar que este hecho ha conllevado importantes beneficios para el *homo sapiens*. No solo por la cantidad de años vividos —el aumento de la esperanza de vida durante el siglo XX y XXI ha sido tal que los demógrafos afirman que al menos la mitad de los niños nacidos hoy vivirán como mínimo 100 años—, sino también por la calidad de vida —desde los años noventa del siglo XX, cada día salen de la pobreza extrema 137.000 personas—. Se dice que el dinero no da la felicidad, pero los datos desmienten esta idea. Hoy disponemos de evidencia empírica suficiente para afirmar que, dentro de cada país, las personas más ricas son más felices que las menos ricas; que los ciudadanos de los países ricos son más felices que los habitantes de los menos ricos y que, además, cuanto más rico se vuelve un país, más felices se vuelven sus habitantes (Pinker, 2018, posición 5983).

Como he comentado, este bienestar material de la humanidad hunde sus raíces en la revolución científica que tuvo lugar hacia el año 1500. El hombre reconoció su ignorancia y, sobre todo, se atrevió a saber. El lema de la Ilustración, *sapere aude*, refleja ese paso decisivo en la historia de la humanidad. La forma de afrontar una pandemia dejó de ser rogar a dios en procesiones, tal y como sucedió con la peste negra que asoló Europa en el siglo XIV y que acabó al menos con un tercio de sus habitantes. Hoy, las pandemias se atajan investigando en los laboratorios y produciendo miles de millones de vacunas en las fábricas.

Tal y como señala Steven Pinker, la pobreza no hay que explicarla; la pobreza viene dada porque ha sido hasta hace nada el estado natural del hombre. En cambio, la riqueza sí hay que explicarla puesto que ha habido que crearla y es la novedad; la riqueza tiene causas, es un producto humano. La revolución industrial, antecedente mediato de los avances materiales de hoy en día, fue un reflejo de la revolución científica y una de las causas cruciales del aumento de la riqueza en el mundo.

Las paradojas de la historia provocan que un hecho tan decisivo como la revolución industrial, propiciara experiencias extremas para los que vivieron su nacimiento y desarrollo. Así fue, puesto que durante el siglo XIX las condiciones de trabajo de millones de hombres y mujeres fueron casi inhumanas. Se trabajaba a destajo, en medios insalubres y a cambio de poco más que la mera subsistencia. La revolución industrial conllevó mucho sufrimiento para millones de personas, lo que a su vez produjo el nacimiento del movimiento obrero y toda una doctrina social y política —el marxismo— que tuvo consecuencias no solo en el plano de las ideas, sino también en la práctica política.

No obstante, junto al sufrimiento de una parte de los hombres y mujeres que vivieron el despliegue del primer capitalismo industrial —la historia es injusta con quienes la padecen—, a medio y largo plazo el hombre dio un salto sin parangón hacia su bienestar. La sociedad, ahora sí, cambiaba rápido. La humanidad empujó una rueda que nunca se detendría. Su despliegue posterior en los siglos XX y XXI ha hecho que el nivel de vida aumente tanto, que el tamaño del pastel se vuelva tan grande, que las mejoras de vida han acabado por extenderse a todos los estratos sociales. En palabras de expertos en estratificación social, «la población general ha logrado finalmente beneficiarse de la revolución asociada al aumento del rendimiento de los sistemas cada vez más avanzados de producción económica» (Requena *et al.*, 2013: 66).

Este paso en la historia de la humanidad ha sido tan relevante que merece la pena detenerse en apuntar algunas de sus características. Los historiadores suelen dividir las revoluciones industriales en dos. La primera ocurrió en Gran Bretaña entre la segunda mitad del siglo XVIII y mediados del XIX. En los siglos anteriores, desde la revolución científica, se progresó técnicamente y se desarrolló el comercio; pero fue durante la primera revolución industrial cuando se concretaron los avances necesarios para aumentar la producción y la riqueza mundial a un ritmo nunca visto.

En 1769, James Watt patentó la máquina de vapor, una máquina capaz de mover otras muchas máquinas gracias al uso de la energía inanimada, principalmente el carbón. Hasta entonces, el ser humano se valía de sus propios músculos o de los músculos de los animales para producir movimiento. También utilizaba el agua y el viento como fuentes de energía;

pero fue la máquina de vapor la que permitió el desarrollo de la industria moderna. Gracias a ella se desarrolló el transporte de mercancías y de personas. Por primera vez se podía fabricar ropa y tejidos en cantidades suficientes para abastecer en poco tiempo a millones de individuos. Hasta entonces, la producción de ropa se basaba en el sistema llamado *putting out*. Los tejidos se trabajaban en las casas y la producción era dispersa. A partir de la máquina de vapor, la producción textil dejó de hacerse mayoritariamente en los hogares para hacerse en las fábricas. Aquel período también trajo consigo la invención del ferrocarril y el desarrollo de la siderurgia. Pese al surgimiento del proletariado y al ya mencionado sufrimiento de millones de individuos, durante la primera revolución industrial la población aumentó considerablemente, se redujo la mortalidad infantil, se introdujeron mejoras decisivas en la higiene, se impulsó el alcantarillado en las ciudades y se crearon las primeras vacunas, como la de la viruela.

La segunda revolución industrial, que algunos historiadores fechan entre 1870 y 1914, conllevó la utilización de nuevas fuentes de energía como el gas, el petróleo y la electricidad. En aquellas décadas se idearon nuevos medios de transporte impulsados por estas energías, como el coche y el avión, y las comunicaciones dieron un vuelco con la invención de la radio y del teléfono. Además, en ese período muchos de los inventos y de los métodos de producción impulsados a lo largo del siglo XIX, se extendieron por todo el mundo traspasando las fronteras de Europa Occidental y de Estados Unidos.

Más adelante, ya en el siglo XX, continuaron las revoluciones tecnológicas que propiciarían la mejora de los productos ya conocidos, y el descubrimiento de otros productos fundamentales en la vida cotidiana del hombre de la segunda mitad del siglo XX, como los plásticos, el polietileno, el poliéster o el nylon. En los años treinta se inventó la televisión y durante la Segunda Guerra Mundial se desarrollaron los radares, el motor a reacción y otros inventos de la industria militar que desembocarían en el desarrollo de la electrónica y de las tecnologías de la información y comunicación. A finales de los años cuarenta ya existían los primeros transistores y ordenadores digitales civiles. Todo ello transformó la vida cotidiana (Hobsbawm, 1998: 267).

Las revoluciones industriales desmontaron los temores del demógrafo Thomas Malthus, quien a finales del siglo XVIII alertó sobre la im-

sibilidad de alimentar a tantos millones de hombres y mujeres dado el rápido crecimiento de la población y el escaso ritmo de producción de alimentos. Afortunadamente, durante los siglos posteriores, la población se ha multiplicado por más de siete y hay alimentos para todos. Por un lado, surgió la industria química, con sus fertilizantes y plaguicidas, lo que aseguró las cosechas. Por otro lado, la maquinaria industrial se aplicó al campo: «A mediados del siglo XIX hacían falta veinticinco hombres durante un día entero para cosechar y trillar una tonelada de grano; en la actualidad, una persona que maneja una cosechadora puede hacerlo en seis minutos» (Pinker, 2018, pos. 1700). Hoy en día, el problema de la producción de alimentos para todos los que habitan la tierra, está resuelto técnicamente. Las cada vez más escasas hambrunas suceden por conflictos bélicos.

Por otra parte, durante los siglos XVIII y, sobre todo, XIX, tuvieron lugar otros cambios sociales de gran calado. El trabajo se trasladó del hogar a las fábricas y la familia dejó de ser la unidad de producción para convertirse en la de consumo, sin perder su función básica reproductiva. De este modo, el trabajo fuera del hogar se convirtió en una forma fundamental de obtener ingresos. El capitalismo industrial también varió la estructura ocupacional. La industria necesitaba ingenieros para diseñar las máquinas, y las fábricas necesitaban operarios especializados y supervisores cualificados para producir. Se empezó a desarrollar la educación, impulsada por los Estados modernos a lomos de las necesidades del sistema productivo. En 1840, solo tres de cada diez trabajadores en Norteamérica estaban empleados en la industria y en los servicios. En el año 1900 las tornas habían cambiado casi por completo: seis de cada diez trabajadores estaban ocupados en esos sectores (Edgell, 2016: 11).

## **1.2. El fordismo y el consumo de masas: la democracia de las cosas**

### ***1.2.1. El nuevo mundo fordista***

Si el siglo XIX fue testigo del uso de energía inanimada, el siglo XX vio el nacimiento de dos hechos que marcaron nuestro devenir y la vida tal y como hoy la conocemos: la producción para las masas y su correspondiente consumo de masas. Es lo que se conoce como fordismo. Como

veremos, en el plano productivo el fordismo no es otra cosa que aplicar el método científico a la producción material, buscando sobre todo la eficiencia. La producción a gran escala facilitó, además, el abaratamiento de los productos. Esto, unido a un pacto entre la industria capitalista, los trabajadores y los Estados, provocó el surgimiento del consumo de masas, la otra pieza clave del fordismo.

Antes de entrar con algo más de detalle en la explicación de estos puntos, conviene indagar en los antecedentes inmediatos del fordismo. Como se desprende de las páginas anteriores, las raíces más profundas se remontan primero a la revolución científica y después a las revoluciones industriales. Ya en la primera década del siglo XX se utilizaban las fuentes de energía necesarias y existía la maquinaria y los conocimientos técnicos suficientes para producir a gran escala. La industria textil, la primera que se desarrolló, venía aplicando una cierta automatización de las tareas; pero gran parte de la producción de objetos seguía siendo artesanal y todavía no había una gestión científica del trabajo.

En efecto, la era prefordista se cataloga como artesanal, puesto que el trabajador se encargaba de ensamblar, si no todo, la mayor parte del producto. El ritmo de producción era lento, aunque los productos gozaban de gran calidad. Sin duda, el trabajo de Frederick W. Taylor marcó un antes y un después en la organización científica del trabajo. Taylor comenzó trabajando en un taller de maquinaria como supervisor. Obsesionado con la eficiencia, analizó minuciosamente las tareas que llevaban a cabo los obreros, ideando métodos que aumentaban la productividad a través de una organización racional del trabajo. Dicha racionalidad se logró estudiando concienzudamente el flujo de trabajo, dividiéndolo en tareas muy concretas, eliminando cualquier desperdicio de tiempo y prescribiendo claramente el modo de realizar cada acción (Bittman, 2016: 523). Taylor simplificó y estandarizó lo que los obreros debían hacer. De este modo, la producción fue mucho más eficiente. Ya ingeniero, fue jefe de una importante compañía siderúrgica, la *Bethlehem Steel Company*, donde desarrolló plenamente sus métodos técnicos y organizativos. Taylor no solo plasmó sus ideas en la práctica, sino también en varias publicaciones, entre las que destaca su famoso *Principles of Scientific Management*, publicado en 1911. El taylorismo había nacido.

Casi todos los debates en la sociología del trabajo parten de la discusión sobre las implicaciones de los principios tayloristas, que se fueron expandiendo a lo largo y ancho de la producción industrial de todo el mundo. En el capítulo 4 veremos cuáles fueron las consecuencias para el trabajador. Cabe adelantar que, si bien la gestión científica del trabajo aumentó la productividad de manera sobresaliente, también hizo saltar por los aires los fundamentos de la producción artesanal en el siguiente sentido: el taylorismo arrebató a los trabajadores el monopolio sobre cómo hacer las tareas. No eran ellos, sino los departamentos de gestión, los que decían cómo y cuánto se tardaba en hacerlas.

La filosofía de Taylor fue aplicada por Henry Ford para producir automóviles de manera masiva. La cadena de montaje es el epítome de la producción taylorista. Su sistema de producción en masa requirió la división y la simplificación de las tareas, la famosa cadena de montaje y la estandarización de las piezas de sus coches, que eran muy fácilmente intercambiables. Hay quien señala, con bastante razón, que en realidad el fordismo no inventó nada con respecto a la producción. La idea de fabricar piezas estandarizadas ha sido atribuida a un general francés, Jean-Baptiste Gribeauval, que la desarrolló para el ejército de su país a mediados del siglo XVIII, lo que le dio una notable superioridad sobre otros ejércitos (Vidal, 2016: 286).

En los Estados Unidos del siglo XIX, ya había un sistema de producción basado en una especie de cadena de montaje, con máquinas diseñadas especialmente para producir piezas con un único propósito (Vidal, 2016: 286). Tal era así, que en Europa, a ese modo de producción lo llamaban «el sistema americano». Incluso una década antes de que Ford introdujera la cadena de montaje en su compañía, otra empresa, la *Ransom Eli Olds*, ya utilizaba la cadena de montaje para fabricar su coche más popular, el *Oldsmobile*, que acabaría formando parte de la *General Motors* (Edgell, 2006: 75)<sup>1</sup>. La industria armamentística de los Estados Unidos también usaba maquinaria especializada para fabricar piezas estandarizadas. Además, ese método de producción se empleaba antes de los coches de Ford para fabricar bicicletas y máquinas de coser (las Singer). No

---

<sup>1</sup> Se dice que Ford se percató de los beneficios de la cadena de montaje al observar un sistema de poleas utilizado en los mataderos de Chicago tras sacrificar el ganado. Los carniceros realizaban funciones específicas a medida que la pieza se trasladaba a través de ese sistema de poleas. Al final de la cadena, el animal había sido despiezado del todo (Ritzer, 1996: 80).

obstante, seguían siendo productos bastante caros. Con el tiempo, Ford tomaría todas estas ideas y se aprovecharía de los avances técnicos que se estaban aplicando en algunas industrias para combinarlas y mejorarlas. Aun así, lo auténticamente novedoso fue que concibió un coche para el consumo de masas. La idea era simple: producir muchas unidades para poderlas vender a bajo precio y obtener de ese modo pingües beneficios.

En el libro *La máquina que cambió el mundo*, Womack, Jones y Roos recrean la compra de un automóvil a finales del siglo XIX para ejemplificar cómo era la producción artesanal. En aquella época todavía no había fábricas especializadas en la producción de coches, por lo que el comprador lo encargaba casi a su medida. Le decía al fabricante cómo quería su coche. Era frecuente que las piezas se hicieran únicamente para él. Las partes del coche no solían ser intercambiables y era raro ver dos automóviles idénticos. Como eran únicos, el producto final que se entregaba solía ser un prototipo.

Los trabajadores encargados de fabricar el coche eran artesanos muy cualificados. Sabían el sentido de lo que hacían y tenían una visión completa del proceso de producción. El ensamblaje de las partes era complicada y se necesitaba bastante destreza. La calidad de los coches solía ser muy alta; pero como no había un método de comprobación de calidad sistemático, las averías también eran frecuentes. Aunque existía una gran variedad de diseños, la capacidad de innovación era limitada. Para eso se necesitaba una investigación sistemática difícil de llevar a cabo en los talleres. Como fabricar un coche requería mucho tiempo, el coste de producción era muy alto y el precio final muy elevado. El coche era algo de ricos.

El plan de Henry Ford pasaba necesariamente por acabar con esta producción artesanal. Para ello aplicó algunos principios básicos del taylorismo. Comenzó por separar la concepción de la ejecución. En el sistema fordista los que diseñan el producto eran un grupo selecto de trabajadores muy cualificados, los ingenieros. La organización del trabajo también corría a cargo de otro grupo de ingenieros. Henry Ford decía que pensar es el cometido más difícil, por eso poca gente lo hace. Finalmente, los que se encargaban de ejecutar las tareas repetitivas de la cadena de montaje eran los obreros, es decir, su cometido era ejecutar lo que otros habían pensado.

El segundo gran principio del taylorismo aplicado por Ford fue la fragmentación y la simplificación de tareas. El artesano no solo fabricaba un producto, sino que también lo concebía y participaba en su elaboración desde el inicio hasta el final, haciendo tareas muy diferentes. En cambio, el trabajador fordista solo participaba en una parte muy concreta de la producción, haciendo una sola tarea tan simple que incluso los trabajadores podían ser fácilmente intercambiables sin demasiados requisitos de cualificación. Ni siquiera tenían que hablar el mismo idioma. La tercera característica de las fábricas fordistas, muy importante, fue la fabricación de piezas intercambiables, estandarizadas y muy fáciles de ensamblar. Si en la producción artesanal cada pieza era única, en el sistema fordista cada componente del producto final era estándar, lo que posibilitaba que las piezas fueran intercambiables y que encajaran muy fácilmente entre sí.

En 1913 Ford instaló la primera cadena de montaje en su fábrica Highland Park de Detroit. No la inventó, pero la mejoró. En 1916 comenzó a producir el Modelo T, el primer coche producido en masa y destinado al consumo de masas. Con los principios tayloristas y la cadena de montaje, la producción aumentó de una forma impresionante. En las primeras fábricas era frecuente ver a los mismos obreros realizando distintas tareas y yendo de un lado a otro. Los coches permanecían quietos mientras los obreros se movían. Con la cadena de montaje, eran las piezas de los coches las que se movían, mientras que los obreros permanecían quietos en su puesto de trabajo realizando una sola tarea, que solía ser bastante simple. La fragmentación y la simplificación de tareas, junto con la producción de piezas estandarizadas, hizo que el ciclo de trabajo —el tiempo que tarda un obrero en repetir la misma tarea— pasara de 514 minutos en 1908 a poco más de dos minutos en 1913. Con la cadena de montaje el tiempo se redujo aún más, hasta los 1:19 minutos (Womack *et al.*, 1992: 28). El tiempo de producción del Modelo T pasó de 12,5 horas a 93 minutos. A comienzos de los años veinte, Ford fabricaba alrededor de dos millones de automóviles al año. Había logrado hacer un coche fácil de conducir y muy sencillo de reparar. El manual del Modelo T era muy didáctico. Explicaba cómo arreglar las averías más frecuentes al modo de pregunta-respuesta. La consecuencia fue revolucionaria. El aumento de la producción provocó una disminución de los costes por unidad producida, lo que posibilitó que el empresario bajara el precio

para los consumidores finales, aumentando simultáneamente el beneficio empresarial, al vender muchas unidades. Había nacido verdaderamente la producción en masa de un producto que antes era de lujo. El consumo se democratizaba.

No obstante, el sistema de producción fordista tenía su lado oscuro. Trabajar en las fábricas de Ford no era fácil. Uno de los mayores problemas que afrontó en sus inicios fue el gran absentismo laboral. Muchos empleados no iban a trabajar y otros muchos dejaban el empleo. Al simplificar tanto las tareas, eran tan rutinarias y se trabajaba tanto que los empleados preferían ganar el pan en otros lugares. Se trataba de un método de producción alienante, bien reflejado de manera tan cómica como cruel por Charles Chaplin en *Tiempos modernos*. Para hacer frente a ese problema, Henry Ford mejoró las condiciones de vida de sus empleados, adoptando un sistema bastante paternalista, aunque muy eficaz durante algunos años. En 1914 introdujo el salario de 5 dólares diarios, muy por encima de lo que se cobraba por aquel entonces. También aplicó la jornada laboral de 8 horas. El trabajo seguía siendo duro, monótono y aburrido, pero el trabajador estaba bien pagado.

Fuera de la fábrica, Henry Ford se preocupaba de que sus obreros llevaran una vida ordenada. Incluso creó un departamento para tal fin. Los obreros eran instruidos para que cumplieran con unos estándares de limpieza, para que no bebieran y para que no se jugaran su salario en las apuestas. También se encargaba de dar clases de inglés a los muchos inmigrantes que trabajaban en sus fábricas, así como de crear una red de hospitales, colegios y economatos para las familias de los empleados. Esta actitud paternalista se complementaba con su antisindicalismo. Hasta los años treinta no permitió que sus trabajadores pudieran asociarse. Incluso llegó a tener un ejército de alrededor de 3.500 agentes privados de seguridad con el fin de impedir que el movimiento sindical germinara en sus fábricas (Edgell, 2006, cap. 5).

### ***1.2.2. Aunque ni todo era fordismo , ni se aplicó de la misma manera en todos los países***

La extensión del fordismo fue al principio muy limitada incluso en Estados Unidos. No obstante, poco a poco se fue extendiendo por todo el

mundo. En 1926 Ford fabricaba coches en 36 ciudades americanas y en 19 del extranjero. Los principales fabricantes de coches del mundo pasaron por su fábrica de Highland Park. Adoptaron sistemas de producción que bebieron directamente de Ford, aunque adaptándolos a mercados más pequeños y a una mayor variedad de modelos. Fueron los casos de Renault en Francia, de los Agnelli en Italia, de Austin y Morris en Inglaterra y de Toyota en Japón. Los ingenieros americanos diseminaron el método fordista, que cautivó tanto a capitalistas como a comunistas. Gramsci escribió que el sistema fordista tenía los ingredientes del nuevo hombre moderno (Beynon, 2016: 307). De hecho, el fordismo y la organización científica del trabajo tuvieron en la Unión Soviética mejor acogida que en la mayor parte de los demás países. En algunas fábricas de la Rusia roja colgaban cuadros de los dos hombres que habían revolucionado el siglo XX: Lenin y Ford.

Muchos de los principios de la producción fordista fueron aplicados a lo largo y ancho del mundo; pero conviene tener presente que su extensión en la estructura ocupacional fue limitada, sobre todo en la forma tradicional de una fábrica puramente fordista. Esos principios se pusieron en práctica en las industrias que fabricaban productos para el consumo de masas. Como veremos, con el tiempo también se aplicarían al sector de los servicios en empresas que ofrecen sus productos a gran escala; pero en la economía existen muchos servicios en los que es imposible aplicar esos principios de un modo semejante a una fábrica de coches. Además, solo las grandes empresas tienen la capacidad para ello. No olvidemos que la proporción de trabajadores en pequeñas empresas sigue siendo muy elevado en muchos países.

Más allá de que la fábrica fordista como tal solo puede aplicarse en algunas industrias y en empresas de cierto tamaño, los métodos fordistas y la organización científica del trabajo tampoco se practicaron de la misma manera en los países más industrializados, ni siquiera en la época de plena expansión y desarrollo de ese sistema de producción en masa. Son especialmente reveladores los casos de Inglaterra y Alemania, por ser estos la vanguardia del capitalismo industrial en la Europa del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Como es sabido, Inglaterra fue la cuna de la revolución industrial que sucedió entre 1760 y 1830. En aquellas décadas se produjeron avances decisivos ya mencionados, como la invención de

la máquina de vapor, la mecanización de la producción textil y el uso de fertilizantes en la agricultura. Pero en comparación con Estados Unidos, los métodos fordistas tardaron mucho en aplicarse.

Los que han analizado esta cuestión aportan varias razones para ello (Vidal, 2016: 290-91). En primer lugar, como la cabeza de un gran imperio, Inglaterra ya tenía en el siglo XIX un mercado muy amplio para sus productos, el más grande del mundo. En las primeras décadas del siglo XX las empresas británicas poseían una larga tradición en la fabricación de productos muy variados para esos mercados tan amplios, por lo que no estaban tan interesadas en estandarizar su producción, algo típico del fordismo. El Reino Unido siguió con la inercia de su sistema de producción adaptado a contextos muy variados.

Otra de las causas por las que el fordismo a la americana no se aplicó de manera inmediata en el Reino Unido, radica en que en Estados Unidos los ingenieros eran los que mandaban en las industrias, siendo su objetivo racionalizar la producción de la manera más eficiente posible. No sucedía lo mismo en Inglaterra. Allí el poder no lo tenían los ingenieros, sino los contables. Si los ingenieros veían la producción desde un punto de vista puramente técnico, los contables estaban más preocupados por la cooperación entre los trabajadores. Querían evitar huelgas y mantener motivados a sus obreros, por lo que eran renuentes a aplicar a rajatabla los principios tayloristas. Además, en el Reino Unido los sindicatos gozaban de mucho más poder que en Estados Unidos. No olvidemos que el movimiento obrero surgió en las fábricas inglesas del siglo XIX. A diferencia de Inglaterra, en Estados Unidos las fábricas podían moverse de un lado a otro buscando lugares en los que no hubiera sindicatos. Allí, los trabajadores descualificados y semicualificados no estaban tan organizados como en Inglaterra.

Otro de los factores señalados es que en Inglaterra había menos integración vertical de la producción que en Estados Unidos. Una empresa que integra su producción verticalmente, desde la concepción de un producto hasta su fabricación y venta, tiene más incentivos para organizarse a la manera fordista. En cambio, si la producción no está tan integrada verticalmente en una sola empresa, el sistema de producción fordista pierde parte de su sentido, ya que la elaboración y la producción depende de varias empresas.

Alemania, en cambio, sí aplicó el sistema fordista de producción, aunque con algunas peculiaridades debidas a su historia industrial y a su configuración institucional. Se dice que en Alemania hubo fordismo antes que en Estados Unidos. En Alemania, la primera ola de industrialización tuvo lugar entre los años cuarenta y setenta del siglo XIX. Tal y como ocurrió en el caso estadounidense, Alemania siguió una trayectoria de industrialización muy parecida con la construcción del ferrocarril y el surgimiento de grandes industrias. Disponía, además, de un gran mercado doméstico (Vidal, 2016: 293). No obstante, junto a la gran industria, en Alemania siguió existiendo un sistema de producción artesanal muy arraigado que perduraría a lo largo de bastantes décadas.

El fordismo se aplicó plenamente en Alemania a partir de la Segunda Guerra Mundial. Tras la derrota, más de cinco mil alemanes fueron enviados a Estados Unidos en el marco del Plan Marshall para estudiar el sistema de producción americano. No obstante, el fordismo alemán implantado en los años cincuenta y sesenta del siglo XX se diferenciaba del americano en dos puntos. En Alemania había una mayor participación de los trabajadores en las empresas a través de sus representantes. La explicación de esta peculiaridad reside en la tradición de consenso entre los cristiano-demócratas y los socialdemócratas para que los gestores y los trabajadores cooperen en las industrias, colaboración que se plasma en acuerdos institucionales y legales (Vidal, 2016: 294). Por eso, a esta variante de fordismo a la alemana se la ha calificado como taylorismo democrático. Parte de Europa ha seguido esta misma senda, con grandes pactos entre los agentes sociales plasmados en normas legislativas. La segunda gran diferencia reside en que, aunque la mayor parte de las grandes empresas alemanas estaban muy integradas verticalmente, en los años cincuenta y sesenta había una mayor cooperación entre las empresas centrales y las proveedoras a la hora de fabricar un producto, por lo que a esta variante alemana también se la ha llamado fordismo flexible (Vidal, 2016: 294).

### ***1.2.3. El consumo de masas***

Junto con el sistema de producción, la otra pieza clave del fordismo fue el consumo de masas. En efecto, la producción en masa solo tenía

sentido si había muchos consumidores. Era necesario que los trabajadores ganaran lo suficiente para comprar los productos que salían de las cadenas de montaje. Esto requería no solo un acuerdo entre el capital y el trabajo, sino la intervención del Estado. Los historiadores hablan del pacto fordista en Estados Unidos para describir el acuerdo al que llegaron los empresarios, los trabajadores y el gobierno, sobre todo durante los años treinta del siglo XX y en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Por una parte, los empresarios compartían con los trabajadores los beneficios derivados de una productividad tan racionalizada. La legislación social impuso salarios mínimos y sistemas de negociaciones colectivas que ajustaron los salarios a la productividad nacional. Por otra parte, el gobierno proveía trabajadores sanos y formados a los empresarios, y aplicaba políticas keynesianas para atenuar las fluctuaciones económicas, además de apoyar económicamente a los desempleados, a los enfermos y a los jubilados no solo para que pudieran subsistir, sino también para que pudieran seguir consumiendo. En el modelo de producción y consumo en masa jugaron un papel importante las facilidades de financiación, a través de préstamos, y la publicidad, que se desarrolló durante aquellas décadas. Los créditos eran concedidos por bancos privados bajo la supervisión de los bancos centrales, lo que permitió conceder créditos al ritmo de la demanda de la economía y no en función de las reservas de oro disponibles. El papel del Estado era importante. Controlaba la economía y estimulaba el consumo. Era el *American way of life*, un modelo centrado en una mayor prosperidad para todos a través de la producción en masa (Lipietz, 1992, cap. 1).

Este pacto entre el capital y el trabajo, con el Estado como garante y promotor, también se desarrolló en Europa, por supuesto, con el desarrollo de los Estados del Bienestar, cuyos orígenes se sitúan precisamente en Alemania ante el auge del movimiento obrero y del socialismo a finales del XIX, con el conservador Bismark como arquitecto de un sistema que alcanzaría su apogeo en el viejo continente bastantes décadas después, en los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX. En aquellas décadas, la aplicación de las políticas keynesianas, el aumento de los salarios, los sistemas impositivos relativamente altos, el desarrollo de sistemas de seguridad social y la creación de un mercado común, posibilitaron que en Europa se desarrollara el consumo de masas, una realidad que